

El Musac

CARLOS ORDÁS

Coordinador de Exposiciones y
Proyectos del MUSAC

Al parecer, la creación de museos e instituciones culturales responde en la actualidad a unos intereses, eminentemente políticos o incluso propagandísticos, que poco o nada tienen que ver con la filosofía de conservación y difusión del patrimonio cultural. Este hecho supone que, aun hoy en día, nos encontremos con auténticas aberraciones como ver a dirigentes del gobierno anunciando costosísimos y aparatosos proyectos e infraestructuras culturales cuyos objetivos y criterios están por definir, o incluso ficticias inauguraciones de postín –no hay otra forma de entender, sino, los actos de colocación de las famosas “primeras piedras”– en las que, sin tan siquiera poder anunciar qué y cómo va a contener y conservar un museo, eminentes personalidades se ponen sus mejores galas para lucirlas delante de las cámaras de prensa y televisión. Ante un panorama tan desolador, los esfuerzos por sacar adelante dignamente los distintos centros culturales que –no podría ser de otra forma– se reproducen como insectos a lo largo y ancho de nuestra geografía, podrían resultar infructuosos incluso antes de intentar desarrollarlos.

Sirva esta breve introducción no como tabla de salvación a la que aferrarnos cuando los proyectos no se materializan como inicialmente los hubiéramos planteado, sino como urgente llamada de atención a una política rayana al ridículo más absoluto, donde los presupuestos se esfuman en auténticos absurdos y despropósitos que, más allá de la foto inaugural que los documenta, muchas veces caen en el más absoluto de los olvidos. Huelga

decir que esta última posibilidad se convierte automáticamente en hecho si tenemos la desgracia –o suerte, ya no se puede saber con seguridad– de que se produzca el temible, y temido, “cambio” de gobierno.

Al escribir estas líneas, el MUSAC, Museo de Arte Contemporáneo de Castilla y León, ya va camino de cumplir tres años desde su inauguración. O al menos de una de ellas: la “buena”, aquella que, a pesar de muchos, finalmente podía sacar a la luz un trabajo que se venía realizando desde hacía otro tanto de tiempo. La expectación que esta apertura causó en el mundo del arte fue grande, pero ésta queda minimizada si la comparamos con la surgida en el propio entorno local de la ciudad de León. Y no sólo por los fondos que contendría su colección –el avance que se ofreció de éstos al público era un cúmulo de auténticos artistas desconocidos para el público medio–, sino por las mismas pautas de actuación que seguirían sus responsables. Dicho sea de paso, que una institución de tipo cultural produzca tal curiosidad, por el motivo que sea, no puede dejar de ser alentador... Hoy, casi tres años después, estas incógnitas parecen estar, aún, despejándose progresivamente. Pero hoy términos como “vídeo-arte”, “instalación artística” o “performance” ya nos parecen un poco más cercanos, y las estrategias del MUSAC, para bien o para mal, ya han tomado carta de realidad.

Desde el momento mismo de su gestación, varias eran las incógnitas que se nos presentaban y que, ineludiblemente, iban a marcar el

rumbo de este sugerente viaje. La primera, y que desde el principio hemos tomado como más importante, convirtiéndose en el auténtico caballo de batalla de la institución, era la acogida que podría tener entre el público local una propuesta *a priori* tan ajena al estancamiento cultural medio de una ciudad eminentemente conservadora como León. ¿Realmente podría ser compatible una apuesta de vanguardia en una localidad donde las prácticas artísticas contemporáneas –en el sentido más riguroso de la palabra– se reducían a un entorno minoritario? Si la respuesta fuera negativa, el proyecto habría fracasado desde antes de su puesta en marcha. ¿Qué sentido podría tener un proyecto, desarrollado en un contexto concreto, sin el apoyo y la complicidad de sus vecinos, a los cuales, antes que a ningún otro, iría primordialmente destinado? Es por ello que la premisa básica de actuación debería estar mediaticada por un concienzudo impulso didáctico y promocional. La práctica artística, y no sólo la contemporánea, supone un esfuerzo por parte del espectador que no todos estamos dispuestos a ofrecer. Por ello, había que dirigir al público hacia el resultado de ese esfuerzo, intentando que el simple hecho de llegar al mismo, incluso en el caso de que éste no fuera satisfactorio, hubiera merecido la pena. Es por ello que el MUSAC nunca ha dejado de poner sus miras en la población de León, haciendo una labor en principio ajena a los museos, y más propia de los centros de arte, con actividades íntimamente ligadas a la participación del público. De esta forma, las visitas guiadas

adquieren un inmediato protagonismo, así como la edición de cuidadas guías escritas para cada exposición –ambas, y de forma excepcional, con carácter gratuito–, sin olvidar talleres, programas didácticos, ciclos de cine y música, etc.

Pero no se debe confundir el cuidado que siempre se ha procurado guardar con la propia ciudad con un supuesto carácter localista que muchos han querido –sin conseguirlo– ver en el museo. Bien al contrario, ¿qué sentido tendría, a tenor de la oportunidad de ofrecer un producto que difícilmente se ha podido ver antes en León, volver sobre aquellas propuestas de carácter únicamente local por las que el propio espectador, principalmente debido a una casi nula promoción, ha mostrado escaso interés? No debemos olvidar que el apelativo “de Castilla y León” en el nombre del museo no hace referencia al “Arte”, sino al propio término de “Museo”. Gracias a este enfoque, hemos conseguido situar al MUSAC como referente dentro del panorama artístico contemporáneo a nivel nacional –y en ocasiones, incluso, internacional–, sin perder por ello la complicidad con la población local.

Esto nos lleva a una nueva incógnita, planteada de nuevo desde la concepción misma del museo. Si por un lado surgía un fundado temor ante la acogida de una apuesta tan arriesgada en una ciudad tradicionalmente ajena a este tipo de propuestas, ¿qué impacto podría tener, al contrario, la aparición de un museo con voluntad universalista actuando desde lo que habitualmente se conoce como

la “periferia”? ¿Realmente tendría la suficiente relevancia, tan alejado como se proponía de los principales centros urbanos de creación, gestión y mercado del arte contemporáneo? Paradójicamente, este condicionante jugó a favor del desarrollo del museo. A tenor de lo expuesto en las primeras líneas, es muy posible que una iniciativa de estas características hubiese caído prácticamente en saco roto ante el continuo despunte de nuevas propuestas –muchas de ellas fruto de continuos despropósitos, como no, políficos–. Los hechos son incuestionables, y lejos de ser un buque más a la deriva entre tantos y tantos que se han puesto a flote en el agitado mar de las grandes urbes, el MUSAC no sólo es ya una referencia ineludible en el campo de la creación actual, sino que ha conseguido situar a León –¡a León!– en el panorama artístico contemporáneo.

Son ya casi tres años de andadura que, lejos de una mayoría de edad, no significan más que los primeros pasos, quizá ya firmes, pero todavía faltos de experiencia, que deberemos seguir ejercitando junto a todas aquellas personas que han compartido con nosotros este hasta ahora viaje iniciático, cuyo fin esperemos que todavía se encuentre lo suficientemente lejos como para tan siquiera poder especular sobre él.